El comedor de las horas pares

Shyvirelle · Texto original

El reloj de la cocina del Mesón del Desvío llevaba doce años atrasando cuatro minutos. León nunca lo había arreglado porque sabía mirar la hora de verdad en el reloj que colgaba junto a la caja. Aquella noche comprobó ambos antes de apagar la plancha: el de la cocina marcaba las nueve y cincuenta y seis; el otro, las diez en punto.

Entonces se abrió la puerta.

El hombre entró con un abrigo gris que no parecía mojado, aunque llovía sobre la carretera desde media tarde. No traía maleta. Siempre ocupaba el primer taburete, pedía sopa de verduras y dejaba un billete doblado bajo el vaso. Durante un mes, León lo había visto a las seis, a las ocho o a las diez, nunca a una hora impar. Solo imponía una condición: la mesa del fondo debía mantenerse servida.

—Un plato, un vaso, cubiertos. Y que nadie recoja nada antes de que termine la hora —recordó el hombre.

—No ha venido nadie a esa mesa —dijo León.

—Por eso hay que dejarla lista.

Nora, la camarera recién contratada, colocó el mantel, la sopa y el vaso de agua. Era la tercera vez que lo hacía esa noche. Había empezado a trabajar el lunes anterior; tenía las uñas cortas de quien no quiere romperse los guantes de limpieza y llevaba una libreta en el bolsillo del delantal.

—¿Y si se enfría? —preguntó.

El hombre no respondió. Movía la cuchara con una lentitud molesta, sin levantar los ojos del plato.

Al cerrar, Nora retiró la sopa intacta. León quiso advertirle que dejara la vajilla hasta la mañana, pero la oyó llamarlo desde la puerta de la cocina.

—¿La salida de Santa Lucía queda antes o después del puente? Necesito llegar a casa.

—Después de la gasolinera vieja. Sales por la curva grande y…

León se detuvo. Conocía aquella ruta mejor que el pasillo de su casa. Había comprado harina en Santa Lucía durante nueve años. Podía recordar los árboles de la curva, los surcos de lluvia en la ladera, incluso el letrero pintado de amarillo. No recordaba qué había entre la curva y el puente.

—Mañana te lo dibujo —improvisó.

Nora abrió su libreta. Allí había escrito *martes: puente, kilómetro 18, girar a la derecha*. Debajo, *miércoles: no entiendo el croquis*. La página siguiente solo decía *jueves: preguntar a León*.

—Me pasa desde que empecé aquí —confesó—. Ayer fui hasta la carretera principal, vi los carteles y aun así no supe cuál era mi salida. Me quedé esperando a que pasara un autobús para seguirlo.

León recordó los platos que ella había llevado a la cocina: dos el martes, uno el miércoles, tres aquella noche. Todos sin tocar. Recordó también que el primer día él había retirado un vaso con pan seco y que, al salir, no había sabido cómo volver a la casa de su hermano. Había culpado al cansancio.

Cuando levantó el mantel de la mesa del fondo encontró una raya húmeda en la madera. Se parecía a una carretera vista desde arriba. Tenía tres interrupciones limpias, como si alguien hubiese borrado trozos con una goma.

A la mañana siguiente León extendió sobre el mostrador un mapa de papel. Estaban impresas todas las salidas, con sus números. Nora señaló Santa Lucía sin vacilar. Pero cuando él le pidió que describiera el camino en voz alta, se quedó en el puente. Con el dedo podía seguir la línea; en su cabeza, la línea se cortaba.

—No estás olvidando las señales —comprendió León—. Estás perdiendo la carretera que une unas con otras.

A las doce en punto llegó el hombre. El restaurante todavía estaba abierto, lleno de conversaciones y olor a café. Ninguno de los clientes pareció reparar en él. Se sentó en el primer taburete y pidió sopa.

León le puso delante la libreta de Nora.

—Cada vez que recogemos su mesa, alguien pierde un tramo de camino.

El hombre leyó las anotaciones sin sorprenderse.

—Retiran lo que se dejó esperando.

—Lo que usted deja esperando —corrigió León.

—Yo vengo a comer. Solo pido que el otro sitio permanezca dispuesto.

—Nadie viene. ¿A quién espera?

El hombre observó el plato de la mesa del fondo. Después de unos segundos, dijo:

—A alguien que debía encontrar esa salida y no llegó. Antes podía recordar cada curva. Cuando dejé de poder hacerlo, empecé a venir aquí. Si la mesa permanece servida, el camino sigue existiendo en alguna parte.

León no sabía si creerle. Lo que sí sabía era que Nora había pasado una noche entera en una estación de servicio por no poder reconocer el trayecto a casa. Y que el hombre, mientras hablaba del camino, no miraba a la persona que ya lo estaba perdiendo.

—Termine usted también el segundo plato —propuso León.

El hombre retiró la mano como si le hubieran acercado una llama.

—Ese sitio no es mío.

—Entonces no vuelva a pedirnos que lo llenemos.

Se marchó sin pagar. Bajo el vaso dejó una migaja de pan perfectamente seca.

León pegó en la puerta de la cocina una orden nueva: **No retirar platos intactos de la mesa del fondo**. Al siguiente turno, Nora encontró el mantel limpio, el plato vacío y el vaso sin agua. El hombre había vuelto a las dos sin que ninguno lo oyera entrar. Había colocado una servilleta doblada donde debía estar el pan.

A las cuatro volvieron a servirle un plato a la mesa vacía. A las seis, otro. No fue necesario que alguien lo pidiera. Cada vez que sonaba una hora par, León encontraba vajilla nueva al fondo, aunque la cocina estuviera cerrada con llave. El restaurante parecía haber aprendido la costumbre.

Nora comenzó a equivocarse con los nombres de las carreteras que aún no había recorrido. Para comprobarlo, León le preguntó cómo había llegado a su primer día de trabajo.

—Tú me trajiste —contestó ella—. ¿No te acuerdas?

Sí se acordaba. O creyó acordarse. Se habían conocido mucho antes de que él la contratara. En una fotografía guardada en un cajón del despacho aparecían juntos frente a una parada de autobús, años más jóvenes. Al dorso, de su propia letra: *Para que ninguno tenga que volver solo*. No recordaba quién había tomado la foto ni por qué Nora tenía entonces los ojos hinchados de llorar.

Durante la tarde trazó una lista de cosas que podían perderse: el cruce de la cantera, el camino bajo el túnel, la bajada a Santa Lucía. Debajo escribió: *No dejar que Nora lleve otro plato*. La lista le pareció insuficiente. Saber el nombre de una ruta no servía de nada si, al verla, no se sabía avanzar por ella.

A las diez, el hombre apareció de nuevo. Nora estaba detrás del mostrador, con las llaves del coche en la mano. Le temblaban los dedos.

—Hoy fui a comprar pan —dijo—. No conseguí salir del aparcamiento. Reconocí mi coche y la tienda. Pero la calle de delante no conducía a ninguna parte.

León colocó un último plato caliente en la mesa del fondo. No dejó que Nora lo tocara. Después apagó el letrero luminoso y cerró la puerta principal. Había escrito **SERVICIO CLAUSURADO** en la hoja donde se anotaban los pedidos.

—No puede cerrar mientras haya una mesa esperando —dijo el hombre.

—Precisamente por eso cierro. No va a quedar una sola mesa abierta para la espera.

León arrastró una silla y se sentó delante del plato intacto. Se llevó una cucharada a la boca. Estaba fría. La escupió en una servilleta: ni siquiera recordaba a qué sabía la sopa que había cocinado.

—No le corresponde a usted —dijo el hombre, esta vez en voz baja.

—A usted tampoco, pero lleva un mes viviendo de esto. Si cree que alguien debe volver, deje de quitarle el camino a los demás.

El reloj de la caja marcó las diez y un minuto. El hombre se levantó del taburete, cruzó el salón y ocupó por fin la silla de la mesa del fondo. León lo vio comer en silencio. No quedó ni una gota de sopa. Al apoyar la cuchara, el hombre se quedó mirando un punto sobre el mantel que ya no estaba vacío.

La raya húmeda de la madera se cerró. León oyó la lluvia golpear los carteles de la carretera. Vio con claridad la curva de Santa Lucía, el puente, la gasolinera y la estrecha calle que llegaba hasta la casa de Nora. Ella respiró hondo, como quien despierta después de un sueño demasiado largo.

El hombre salió por la puerta que León había cerrado. No volvió a sonar la campanilla.

Nora fue hasta el aparcamiento y regresó unos minutos después.

—Ya sé llegar —dijo—. Hasta recuerdo dónde está el bache que hay antes del puente. Voy a casa.

León sonrió, aliviado, y buscó la fotografía para enseñársela. Se quedó observando a los dos jóvenes frente a la parada del autobús. Reconocía el rostro de Nora, sabía que era su camarera y que esa semana habían trabajado juntos. Pero la escena de la fotografía no le decía nada. La frase escrita detrás parecía pertenecer a otra persona.

—¿Por qué nos conocíamos antes? —preguntó.

Nora miró la imagen. Por un instante apretó los labios; luego la dejó sobre el mostrador.

—Mañana te lo cuento. Por hoy basta con que sepas volver a casa.

A la mañana siguiente León quitó la mesa del fondo. Donde habían estado las cuatro patas quedó un rectángulo de madera más clara. No volvió a servir un plato para alguien ausente.

Y cada vez que el reloj de la cocina llegaba con cuatro minutos de retraso a una hora par, levantaba la vista hacia la puerta, solo para asegurarse de que seguía cerrada.